

LA VICTORIA DEL CÓDIGO ABIERTO

A veces, muy raras veces, la utopía triunfa. El movimiento de código abierto (u *open source*) se ha cobrado una tras otra la voluntad de todos los enemigos que le han salido al paso. El último en caer es también el más grande: Microsoft, que se ha ofrecido a ceder el código de Windows a los gobiernos. Antes, Apple había dejado al descubierto el corazón (Darwin) de su nuevo sistema operativo, Mac OS X.

La esencia de este movimiento es simple, clara y, por tanto, bella. Se parece a la de los primeros libros escritos a mano en las que sucesivos lectores y copistas añadían, restaban, enmendaban y, en suma, convertían el libro en un ser vivo más allá de los cánones actuales, pues el escrito era a la vez muchos distintos, aunque con un corazón similar. El corazón que ha elegido este movimiento, o al menos el más extendido, es un sistema operativo cuya principal fortaleza es su legendaria estabilidad: el UNIX.

De este corazón, del que hace unos ocho años leí que estaba llamado a ser el sistema del futuro, pero que luego pareció desaparecer ante el desánimo de la comunidad de programadores, ha nacido el nuevo gran triunfador de rostros cambiantes: Linux. Sin embargo, todo renació cuando se dieron las circunstancias que posibilitaron la extensión de la idea:

- De un lado, la expansión de Internet, que posibilitó la comunicación de los programadores a costes muy reducidos y prácticamente en tiempo real.
- De otro, el nacimiento de Linux, obra de Linus Torvalds, que se convirtió en el campeón del movimiento y que logró enganchar a un enorme conjunto de programadores a lo largo y ancho de todo el mundo.

La existencia de Internet es, con toda seguridad, la clave del desarrollo de este movimiento planetario. Pero si lo miramos con ojos de economista, podemos identificar unas claves que seguramente nos permitirán entender por qué ha crecido tan rápido y por qué es capaz de asustar al otrora todopoderoso Microsoft.

La primera de las claves es la propia naturaleza del producto: el conocimiento. Evidentemente un recurso de gran valor pero tradicionalmente esquivo a ser etiquetado con un precio. Primero por que es muy abstracto y tiene componentes inexpresables en fórmulas o en textos; segundo, por que no es sencillo establecer derechos de propiedad sobre él, y tercero por que existe una rancia tradición científica de considerarlo como un bien común, derivada de una concepción incremental del desarrollo de la ciencia.

La segunda clave, mucho más prosaica, es la reducción de los tiempos y costes de información. Aquí es donde se materializa el papel protagonista de Internet, ya que es la herramienta que ha posibilitado estos bajos costes y, luego, con su generalización en los países desarrollados, ha logrado además una cierta universalidad que pone al alcance de cualquiera esos conocimientos.

La tercera es la asunción de unas bases comunes, de unos estándares tecnológicos que permiten a los desarrolladores hablar un idioma similar. Esta decisión permite que una parte importante de la información que cada módulo de programación aporta sea más rápida de asimilar, pues es posible que paquetes completos sean idénticos a otros y, por tanto, ya conocidos.

La cuarta, y no la menos importante, es el enorme número de programadores, con y sin título universitario, que manifiestan por su trabajo la misma pasión ciega que la literatura despierta entre sus fieles. Muchos y entusiastas. Muchos.

Por último, tal vez cupiera incluir una de carácter más psicológico y de más compleja comprobación empírica, como puede ser la simpatía que casi todo el mundo siente ante el rival más débil, o la antipatía que nos produce el poder omnímodo que ha sabido detentar durante algunos años el gigante de Redmon.

Si intentamos trazar un paralelismo entre el concepto de competencia perfecta y el movimiento de código abierto, son muchas las coincidencias: existencia de muchos oferentes y muchos demandantes de la información lo que dificulta la existencia de un poder de mercado por parte de ninguno de los agentes; la homogeneidad del producto; las bajas barreras de entrada y de salida del mercado; la transparencia de la información, a la que todos tienen acceso, etc.

Hay, sin embargo, una diferencia sustancial; la mejora, el desarrollo, se produce no merced al mecanismo de la competencia, sino al de la cooperación.

En los momentos iniciales, el código abierto se encontraba con un problema muy serio para su expansión entre los consumidores en general, la complejidad del manejo de sus sistemas operativos por parte de los usuarios normales, aquellos que no son programadores y que precisan la máquina para trabajar. Pero algunos se dieron cuenta de que si lograban hacer más sencillo el acceso al “resto de los mortales” podrían aparecer oportunidades de mercado en las que ganar dinero. Y así aparecieron desde las diversas distribuciones de Linux hasta programas comerciales que, a un coste muy reducido para los usuarios, también se ven favorecidos por la reducción de los costes de transacción.

Hace aproximadamente dos años, Apple, la quintaesencia de la autoexplotación de sus licencias, dio un paso definitivo al abordar el traumático cambio de sistema operativo. La nueva reencarnación del MacOS era en realidad un UNIX con piel de cordero. Bajo el *interface* de usuario amable (*Aqua*), las tripas que lo hacen moverse son puro UNIX (*Darwin*), de ahí el nombre de Mac OS X. Posteriormente, la empresa de la manzana mordida publicó el código de *Darwin*, sumándose así al movimiento de código abierto.

Evidentemente, en los entornos más profesionalizados y relacionados con Internet es en los que se comenzó antes a usar de manera productiva los resultados de este movimiento. Así, según www.netcraft.com/survey, en enero de 2003, la cuota de mercado de Apache entre los servidores web era del 66,42%, frente al 24,79 de Microsoft.

Aunque en el mercado de consumo aún sigue siendo ampliamente mayoritario el poder de Microsoft (sustentado sobre todo en la conjunción de MS Office y Windows), la llegada de la crisis económica ha puesto de manifiesto que los costes de software también pesan a la hora de las cuentas de resultados de las empresas y de los presupuestos de las Administraciones Públicas. La coincidencia de esta crisis con la madurez de los sistemas de código abierto y el acercamiento al consumidor con productos más fáciles de usar, puede suponer un enorme peligro para el gigante de Bill Gates.

Un ejemplo claro de lo que acabo de señalar es Linex, una nueva distribución

de Linux creada por la Junta de Extremadura para equipar sus ordenadores. El ahorro en licencias de software puede ser espectacular. Otro ejemplo es el reciente acuerdo de Sun Microsystems con la Red Iris (la red de las universidades españolas) para el uso gratuito de su suite de aplicaciones StartOffice que corre bajo Linux y cuyo código ha sido ofrecido a la comunidad de código abierto dando lugar a la organización OpenOffice (www.openoffice.org). Si tenemos en cuenta que muchas de las Universidades de este país van a tener que hacer encajes de bolillos para asumir el fuerte incremento de coste que les ha supuesto la última y masiva convocatoria de plazas regidas por la antigua ley, el acuerdo puede favorecer que en los centros de enseñanza superior de nuestro país se compren ordenadores sin Windows, para ahorrar en costes de software.

Lo que el *open source* aporta al mundo de la informática, desde mi punto de vista, cabe resumirse en los siguientes puntos:

- Un menor coste derivado de una posición competitiva más similar a la competencia perfecta, lo que posibilita el acceso al software de empresas y personas que hasta ahora no podían, o al menos no podían legalmente.
- Una mejora constante y más rápida del corazón de la tecnología que se desarrolla por las aportaciones incrementales de miles de desarrolladores.
- Una mayor oferta de software, ya que las barreras de entrada para el desarrollo de aplicaciones son muy escasas.
- Un ámbito en el que es posible el desarrollo del movimiento de software libre (licencia GNU), que propugna un desarrollo y uso gratuito de los programas informáticos y que actúa como una oferta paralela a precio cero.

Por el contrario, podría tener los inconvenientes de generar cambios demasiados rápidos para los consumidores, o desarrollos descompensados de las diversas áreas. También, el ciclo de vida de los productos podría verse acortado, afectando a la rentabilidad de las empresas.

Tal vez la cuota de mercado no sea lo único que importa. Dejen que me

explique, si buscamos en www.google.com los nombres de los principales sistemas operativos los resultados son sorprendentes: El primer puesto lo obtiene Windows (incluyendo su afección más cristalera), con 56,2 millones de resultados, seguido de Linux, con 52,1 (a años luz de la cuota de Microsoft en el mercado de consumo), Mac con 21,1 y UNIX con 14,4. Parece evidente, que lejos de la actual realidad del mercado, el interés por los sistemas de código libre es mucho más elevado que su cuota. Si yo fuera Nostradamus aventuraría a decir, en forma de quarteta ininteligible, que no tardaremos en ver salir un WindowsX.

Fdo. David Uclés Aguilera